

VIDEOJUEGOS, ARTE EN LOS MASSMEDIA

Se ha iniciado una resignificación del término industrias culturales que no busca, simplemente, superar la crítica adorniana, sino que pretende establecer nuevos argumentos que se adapten a una experiencia de vivir contemporánea. El arte puede penetrar en el gran impacto sociocultural que suponen los distintos ejes de la industria. Por consiguiente, es necesario observar a la tecnología en su particularidad y no concebirla como un gran conjunto abstracto. Al cine, a la radio y a la televisión se suman los videojuegos como artífices de conocimiento con base en la praxis. Desde América Latina son múltiples los núcleos que iniciaron el camino para posicionar a la industria de los videojuegos, para superar las delimitaciones impuestas por los ejes hegemónicos. En una sociedad que establece relaciones mediadas por el dispositivo, el arte puede obtener renovadas hibridaciones en vistas de producir nuevos lenguajes desde una perspectiva iberoamericana y que rebese la apropiación centrípeta de la tecnología.

María Julieta Lombardelli
Facultad de Bellas Artes
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

UN CONVITE CON LAS PEDAGOGÍAS LATINOAMERICANAS

Las pedagogías latinoamericanas están siendo una gramática ética y política; están siendo porque trabajamos sobre la idea de historicidad. Es así que los sujetos están siendo y que las rocas son. Son éticas porque nos vinculamos con la singularidad, con el otro; y políticas porque esas singularidades se vuelven comunitarias cuando trabajamos, cuando pensamos, cuando aprendemos y cuando enseñamos. Por lo tanto, trabajamos con lo singular y con lo comunitario al mismo tiempo. Sin embargo, más allá de las certezas, nos hacemos preguntas que forman parte de este enorme territorio que son las pedagogías latinoamericanas: ¿quiénes estamos siendo? ¿De dónde venimos? ¿Cuánto de colonia somos hoy? ¿Cuánto de las colectividades y de las singularidades que fuimos durante la Dictadura y durante el neoliberalismo seguimos siendo?

Por todo esto, trabajamos con las pedagogías en una triple temporalidad, muy alejada de la linealidad positivista. En primer lugar, creemos que hay una temporalidad que tiene que ver con lo que ya hicimos; otra, con lo que estamos haciendo, y una más

que compete a lo que deseamos que suceda. Esas temporalidades se cruzan, se combinan con ideas de otros continentes, con otros lenguajes, con otros mundos. Sin embargo, estas influencias, evidentemente recíprocas, han sido por muchos siglos injustamente interpretadas. No negamos ideas ajenas en nuestros pensadores, sería cínico, pero si cuestionamos aquella visión euro céntrica de la historia que justificó el avasallamiento de unos sobre otros. Por eso, las pedagogías latinoamericanas nacen en las aulas, en las salas de educación inicial, en las cooperativas, en los movimientos sociales. No creemos que su función sea señalar cuál es el único territorio de las enseñanzas y de los aprendizajes, dado que estas son múltiples, porque hablar de América Latina es hablar de complejidades y de diversidades. Por lo tanto, los pensamientos latinoamericanos están siendo complejos, mestizos, diversos y relacionales.

Carla Wainszok
Universidad de Buenos Aires
Argentina

LOS PLIEGUES DE AMÉRICA LATINA

Una reflexión sobre América Latina siempre nos conduce a la pregunta por el ser latinoamericano. ¿Qué es Latinoamérica? Muchos pensadores intentaron definirla, pero siempre quedaron sombras, las sombras del pasado, su herencia cultural, que obstaculizaron y que obstaculizan la constitución de su identidad tanto individual como colectiva. Los desgarradores procesos políticos y sociales que ha sufrido el continente nos remiten al realismo mágico de Gabriel García Márquez, a *Las venas abiertas de América Latina* (1971), de Eduardo Galeano, a *El señor presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias –donde se cuentan los abusos del poder en una dictadura latinoamericana–, y a muchos otros escritores que, desde el plano ficcional, se acercaron a esa realidad descomunal que siempre la caracterizó.

Por lo tanto, pensar en Latinoamérica nos transporta a su literatura, a su música, a su mundo artístico, a la zona donde radica el meollo de su ser. La identidad latinoamericana hunde sus raíces en su producción simbólica, allí donde se evidencia el fracaso del positivismo como doctrina al servicio de un nuevo orden social, político y cultural. Sin embargo, y al mismo tiempo, dicho fracaso originó

una conciencia de sí misma de la que surgió, como lo denominó Leopoldo Zea, una especie de nacionalismo cultural que le dio sentido a una de las mayores expresiones del pensamiento latinoamericano contemporáneo. Pretender conocer a Latinoamérica transformándola en objeto de estudio solo desde la antropología, desde la sociología o desde alguna de las otras disciplinas científicas consagradas es un camino de frustración, porque la totalidad de su riqueza solo se aprehende a partir de sus vivencias. La globalización capitalista modula las distintas lenguas y gramáticas del consumo que inflexionan en los variados campos simbólicos, políticos, económicos y culturales. Pero es la fuerza del arte la que, alojándose en las sombras de la historia, recorre las grietas del tejido social y la que asume una forma crítica: la de resistir a los simulacros y a las apariencias de esta nueva política comunicacional que posibilitó la repetición de la historia. Es este resurgimiento de la derecha neoliberal el que, grabando a fuego su lenguaje dogmático y sectario, nos coloca, una vez más, frente al peligro de dinamitar nuestra cultura. Mientras las pantallas hipnoticen las miradas, el relato neoliberal se encarnará y se aceptará como una fábrica ficcional que producirá la revolución de la alegría y hará realidad nuestros sueños.

A América Latina hay que pensarla civilizatoriamente. Es necesario romper con la antinomia civilización y barbarie, no solo con la sarmientina del siglo XIX, sino, también, con la antítesis jauretcheana de la segunda mitad del siglo XX. Hay que pensar, desde la mirada que propone Jauretche, una nueva síntesis.

Esto fue, en el siglo XIX, una discusión acerca de cómo entrar a la modernidad en América Latina; fue un debate que luego abordó José Martí desde una visión distinta. Martí pensaba que el debate era entre racionalidad y naturaleza. Esta antinomia era propiciada por una elite dueña de la renta que entendía a la cultura europeizante como opuesta a las tradiciones populares y a la cultura construida por el pueblo, al que llamaban «barbarie». El problema de hoy es que esa elite ni siquiera sigue siendo europeizante, erudita y culta. Me parece que la antítesis jauretcheana, extraordinaria en un momento de combate, actualmente merece la síntesis de recuperar la civilización. Podemos pensarnos civilizatoriamente; no en términos de civilización europea o de occidente, sino como civilización latinoamericana. Es preciso, también, pensarnos mestizamente, antiimperialistamente y, en mi caso, justicialistamente, porque esta es la teoría más original que América Latina dio como alternativa al liberalismo anglosajón; es una idea que –más allá del sello de los partidos– sería bueno leerla como filosofía de liberación.

El tema de la unidad de América Latina es, todavía, un debate de vanguardias y de elites políticas intelectuales. Hay que militar mucho para que sea un tema popular, para que el prejuicio de la cultura cotidiana no sea más fuerte que la racionalidad de entender una unidad que necesitamos. Juan Domingo Perón decía: «Si no lo hacemos por románticos hagámoslo por pragmáticos».

Silvia García
Facultad de Bellas Artes
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Mario Oporto
Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina